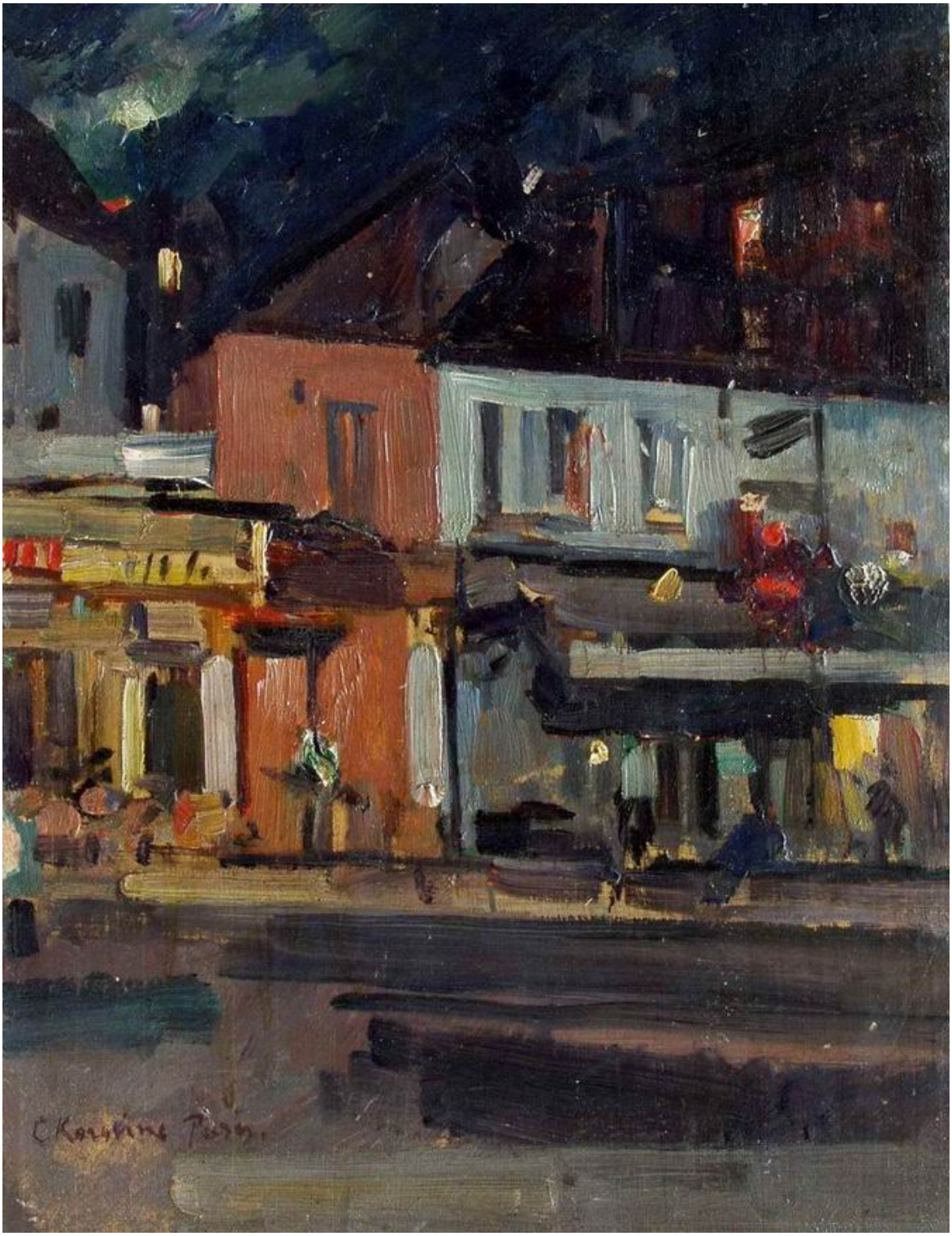
Nocturno triste de la ciudad del Este

J. P. Valverde



Capítulo 1

Llegué a la ciudad del Este a medianoche en un tren procedente de Belgrado. El tren había estado retenido en la frontera durante más de una hora. Los agentes de la Milicia subieron a los vagones, examinaron los pasaportes, hicieron abrir las maletas a algunos viajeros y revisaron con linternas debajo de los asientos. La lentitud de los trámites provocó algún incidente sin importancia.

A una señora que iba a la boda de un sobrino suyo en un lugar de los Tatra le dio un sofoco y los policías tuvieron que llevarla a la comisaría de la estación. Según nos dijo luego, la invitaron a un café y le regalaron un mapa turístico del país en el que figuraban los monumentos y los parques nacionales.

Ya recuperada del susto, dijo:

–Son buenos chicos. Solamente se limitan a cumplir su deber.

–¿Qué deber? –preguntó un ingeniero ruso que volvía de impartir unas conferencias en Titograd.

–Guardar las fronteras –dijo la señora–. Velar por nuestra seguridad.

Por todo ello, en fin, llegamos con retraso a la ciudad del Este.

Los comercios de la estación estaban cerrados. En los bancos del vestíbulo dormitaban vagabundos y viajeros que esperaban la salida de trenes de largo recorrido hacia Sofía, Varsovia, Moscú: los vagabundos, sin más bultos que una botella de licor; los viajeros, cargados de maletas que no perdían de vista, por temor a que se las robasen los maleantes de los asientos vecinos.

La estación estaba en el centro de la ciudad y eso era una suerte. Una avenida ancha, flanqueada de casas decadentes y frondosos tilos, unía la terminal ferroviaria con el barrio de los hoteles baratos. Había pocas personas en la calle. Ninguna de ellas se fijó en mi aspecto de extranjero. En la puerta de un bar, bajo a la luz de un neón rojo, una mujer me preguntó si tenía tabaco. Al menos eso fue lo que yo entendí. Le dije en mi idioma que no fumaba. Ella soltó una carcajada y se bajó el escote para mostrarme los pechos.

El hotel adonde me dirigía debió de ser en tiempos antiguos el palacio de un duque u otro personaje notable. Temí que fuera demasiado lujoso para mi presupuesto, pero en seguida me dicuenta de que el lujo estaba solo en la fachada. En el vestíbulo la luz era mustia, y había desconchones y manchas de humedad en las paredes. El recepcionista apuntó mis datos

entre bostezos, molesto porque le había interrumpido la lectura de un periódico deportivo. Después, el botones se quedó esperando descaradamente la propina en la puerta de la habitación, a pesar de que no se había molestado en dedicarme un saludo o una sonrisa de bienvenida.

En cuanto a la habitación, me conformaba con que no hubiera cucarachas y las sábanas estuvieran limpias. Hechas las dos comprobaciones, sin nada que reprochar al hotel en materia de higiene, me asomé a la ventana. En esos momentos, un taxista descargaba las maletas de dos huéspedes recién llegados a la ciudad desde el aeropuerto. Esto me alegró, porque el silencio y la soledad de los pasillos me habían hecho sospechar que yo era el único habitante de aquel palacio desolado.

Busqué otras señales de vida en el edificio de enfrente. Busqué, por ejemplo, a una mujer hermosa que tocara el piano, aunque esta es una fantasía que raras veces se cumple. Todo lo más, vi a una mujer planchando y a un hombre con aspecto de contable que se esforzaba en cuadrar las cuentas.

Me descalcé para ponerme cómodo. Saqué las zapatillas, el pijama y la bolsa de aseo, y coloqué cada cosa en su sitio. Abrí el cajón de la mesilla. Alguien se había dejado dentro un sobre de correo aéreo en el que solo aparecía escrita la primera letra del nombre del destinatario: M... Podía ser un Mijail, una Milena, quién sabe. Quizá llevara años allí, sin que nadie se hubiera molestado en tirarlo a la papelera. Lo único seguro es que nunca llegaría a M.

Me tumbé en la cama, probé la dureza del colchón y de la almohada. Todo estaba en orden.

Volví a la ventana. La mujer de la plancha se fue y regresó al cabo de un instante: probablemente estuviera preparando la cena o riñendo a sus hijos, que discutían por cualquier tontada.

En la cúspide del edificio más alto brillaba una estrella roja.

Observé que un individuo se dirigía a la puerta del hotel. Llevaba una mochila. Se detuvo a consultar una dirección apuntada en un bloc de notas. El nombre del hotel estaba escrito en alfabeto cirílico y era evidente que el viajero no se decidía. Miró hacia arriba y me vio espiándolo desde la ventana de la habitación.

Entonces surgieron dos sombras de la oscuridad: una se puso delante y otra a la espalda del viajero. La de delante extendió el brazo, como apuntándolo con un arma, y la de detrás lo zarandeó para quitarle la mochila. Fue cuestión de segundos. Mientras uno de los ladrones se esfumaba con el botín, el compinche retuvo a la víctima hasta que esta le

entregó todo lo que tenía en los bolsillos y también el reloj.

Así pues, estaba siendo testigo de un asalto. Era en realidad el único testigo, ya que ni la mujer de la plancha ni el contable se habían percatado de lo que pasaba en la calle. No podía quedarme pasmado sin hacer nada. Tenía que acudir en ayuda de la víctima o, al menos, informar al personal del hotel. Inmediatamente.

–Están robando a un turista en la puerta del hotel. ¿Me entiende? –gritaría al recepcionista, apartando de un manotazo el periódico deportivo–. Policía, llame a la policía.

Imitaría con el índice y el pulgar en ángulo la forma de una pistola. Pero todo en vano. El conserje no entendía o se hacía el sueco.

Además había otra razón por la que desistí de denunciar los hechos. Consumado el atraco, las dos sombras desaparecieron y la calle recuperó su aspecto lúgubre y desastrado.

La víctima miró hacia arriba, hacia mi habitación del tercer piso. Se había quedado sin equipaje, sin documentación y sin dinero para pagar el hotel. La única opción que le quedaba era pasar la noche deambulando por las avenidas del centro o acostado en un banco del parque y, a la mañana siguiente, dirigirse a la embajada de su país, donde tal vez recibiera asistencia diplomática. Yo solo podía corresponderle con un gesto de impotencia: No puedo hacer nada. Soy, como tú, un extranjero.

Comenzó a llover. En el edificio de enfrente varias personas se asomaron a comprobar que las ventanas estaban bien cerradas. La mujer de la plancha, harta de su rutinaria faena, fue a cambiarse.

Reapareció al cabo de unos minutos en la habitación contigua, envuelta en una bata guateada que le hacía parecer más gorda. Era el gabinete de música, donde había un piano. La mujer se sentó a tocar el instrumento.

Supuse que sería una persona solitaria. Ni el marido ni los hijos llenaban su vida ya. Había renunciado a sus sueños de juventud: todo eso decían los acordes del piano en mi fantasía. Aunque no había motivos para ponerse en lo peor y tal vez fuera solo una profesora de música, una cantante de ópera... No sé.

Cuando descubrió que estaba mirándola desde la ventana del hotel, corrió las cortinas para que no la viera.

La calle vacía y el agua de la lluvia precipitándose hacia los sumideros me recordaron qué solo estaba en aquella ciudad del Este.